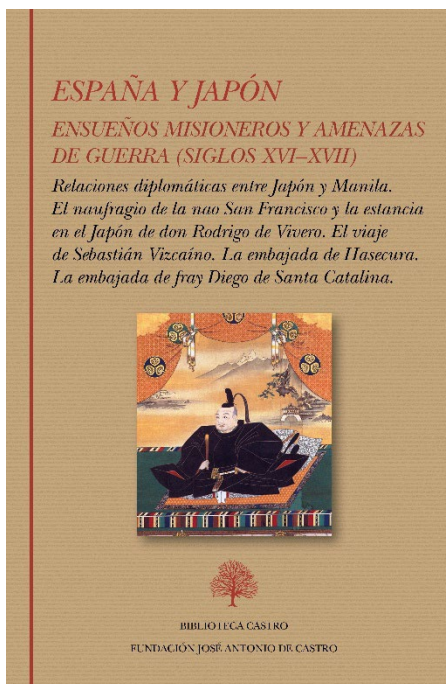


NOTA DE PRENSA ESPAÑA Y JAPÓN. ENSUEÑOS MISIONEROS Y AMENAZAS DE GUERRA (SIGLOS XVI Y XVII). Edición de Juan Gil (de la RAE). ISBN: 979-13-990231-5-2, Estudio crítico: DII pp., Textos: 378 pp., PVP: 56 e.



Intereses políticos, comerciales y religiosos se entrecruzaron en las **relaciones que mantuvo el gobierno de Filipinas con el Japón durante los últimos años del siglo XVI y comienzos del XVII**. Toyotomi Hideyoshi, destacado líder militar y político en el Japón feudal, consiguió unificar el país, pero mostró su total rechazo a los afanes de los misioneros cristianos, mientras que los españoles se debatían entre el miedo a una posible invasión japonesa, los ataques de los corsarios y los desencuentros con los holandeses por el control de los puertos comerciales.

A la muerte de Hideyoshi le sucedió en el poder Tokugawa Ieyasu, que dio un escarmiento feroz a los piratas e inició una época de apertura, de modo que **pólvora, catanas, biombos y otras mercancías japonesas afluyeron en Manila** e incluso en la Nueva España. En 1610 envió una embajada de paz a Felipe III y aunque algunos religiosos españoles llegaron a establecerse en el Japón, el *shogún* siguió viendo con desconfianza la presencia de frailes en su reino. A su vez, **el samurái Hasecura**, en nombre de su señor feudal, **acudió a España en 1614** para ofrecer obediencia al rey y al papa. Sin embargo, el bello sueño terminó muy pronto: en 1615 Ieyasu maltrató a la embajada que le traía la respuesta a su carta, y en 1639 fue decretada la expulsión definitiva de todos los europeos del Japón.

El académico Juan Gil vuelve al escenario del Pacífico, que ya analizó en *Hidalgos y samuráis* (1991) con esta nueva edición que amplía notablemente los relatos de viaje, memoriales y cartas de aquellos que vivieron estas complejas relaciones en primera persona. Este **apasionante ensayo ofrece rica documentación, en la que gobernadores, mercaderes, frailes y soldados toman la palabra para revelarnos las vicisitudes por las que pasó el encuentro de dos culturas** tan recias como diversas, para terminar en estrepitoso fracaso.

Antecedentes

La primera noticia que tuvieron los europeos del Japón se remonta a finales del s. XIII, cuando Marco Polo relató en su *Libro de las maravillas* los intentos fallidos de los mongoles por conquistar la isla del Cipango. Mucho tiempo después, en 1492, Colón creyó haber llegado a los parajes de la India descritos por el mercader veneciano. El Tratado de Tordesillas (1494) dividió el mundo en dos esferas de influencia, la de España y la de Portugal. Aunque este acuerdo prohibió a los españoles comerciar con la India y la mayor parte de Asia, en 1520 Magallanes arribó a las islas Filipinas. Sin embargo, a pesar de otros intentos, el asentamiento no se pudo materializar hasta 1564, cuando la armada de Legazpi descubrió la ruta de tornaviaje que permitió el establecimiento de una gobernación en Manila.

Los portugueses, mientras tanto, habían pisado suelo nipón hacia 1544, e hicieron de intermediarios entre el imperio chino y el japonés. En su entrada convivió el espíritu comercial con el fervor evangélico de la Compañía de Jesús.

El Japón, tras largos años de guerras civiles, se encontraba entonces en una época esplendorosa presidida por dos principalísimas figuras: **Toyotomi Hideyoshi y Tokugawa Ieyasu**. Ambos sofocaron las revueltas de los nobles (*daimios*) y reestablecieron en el país la autoridad central.

Toyotomi Hideyoshi (Taicosama)

Las ansias expansionistas de Hideyoshi coincidieron con la ambición de cortesanos como **Faranda Quiemon**, un japonés cristianizado que promovió una embajada a Filipinas en 1592 para conseguir que le pagase parias el gobernador de aquellas islas, Gómez Pérez das Mariñas. Este respondió al *shogún* con una carta apaciguadora, tratando de ganar tiempo, y despachó varios frailes como embajadores al Japón. La contestación de Hideyoshi al último enviado fue conciliadora, y esta vez dirigió una carta al mismísimo Felipe III.

Tras la muerte de su padre, Luis Pérez das Mariñas asumió la gobernación de Filipinas. En 1595, aunque aparecieron corsarios japoneses en las costas de Ilocos, se mantuvieron las relaciones comerciales. Al *shogún*, suficientemente ocupado por entonces con la guerra de Coría, no le interesaba abrir otro frente bélico. Sin embargo, a principios de 1597, fueron paseados por el imperio, expuestos a pública vergüenza y, finalmente, crucificados en Nangasaqui seis franciscanos, tres hermanos jesuitas japoneses y diecisiete cristianos.

Tokugawa Ieyasu (Daifusama)

La muerte de Taicosama en 1598 desembocó en un nuevo orden de cosas. Tokugawa Ieyasu decidió adoptar una postura más contemporizadora con los extranjeros y, frente a la intransigencia religiosa de su predecesor, confirmó a los jesuitas el derecho de vivir en Meaco, Usaca y Nangasaqui. Se abrió así una nueva **época de apertura comercial** entre Japón y la Nueva España (Acapulco), a la par que se dio un escarmiento feroz a los piratas chinos y japoneses que trataban de saquear las costas de Luzón.

A partir de 1602, la relación diplomática pareció quedar convenientemente encauzada y el comercio japonés comenzó a afluir a las Filipinas, trayendo peras frescas, buen atún, sedas, «*biobos* al olio» y dorados, *catanas*...; **pero no había manera de sortear el escollo religioso**, ya que Daifusama seguía insistiendo en que no convenía que en el Japón se predicara la ley de Cristo. Buena prueba de todo este tráfico internacional son los numerosos documentos recogidos a lo largo del volumen, que nos han llegado gracias al afán de los españoles por registrar todas sus acciones ante escribano.

Otro grave inconveniente para dejar encarriladas las relaciones entre España y Japón fue que el regalo, nunca muy generoso, que el capitán de turno llevaba a Daifusama convertía a Felipe III en un «feudatario» más del Japón. Por otra parte, el comercio de Manila sintió una fortísima atracción por el mercado japonés, en el que trató de introducirse por todos los medios. Los japoneses sintieron la presencia española como una amenaza, fomentando un duelo económico que terminó por estallar en el conflicto de 1608.

En el verano de 1608, Rodrigo de Vivero asumió el gobierno interino en Manila, enfrentándose a disturbios internos y a una compleja situación internacional. Los españoles buscaban mantener el comercio de seda y plata, mientras que los japoneses recelaban de la influencia religiosa de los misioneros. No hay que olvidar que los frailes de Filipinas se habían creado falsas expectativas que muchas veces chocaron con los intereses de la Compañía de Jesús. Los jesuitas representaban a Portugal, aunque no fueran todos portugueses (llegaban al Japón por vía de la India), mientras que los frailes representaban el celo evangelizador de Castilla (y llegaban desde Filipinas).

Al conflicto religioso se sumó otro inconveniente más. Las relaciones con el Japón empezaron a deteriorarse, cuando **el shogún**, buscando hábilmente el equilibrio de fuerzas, **concedió ventajas comerciales a los holandeses**. La alianza del enemigo con Daifusama suponía un peligro vital para Manila y el favor de que gozaba en la corte el inglés William Adams, náufrago también en Japón desde 1600, les valió ciertos privilegios a los ingleses. Así, españoles y los portugueses pidieron insistentemente al *shogún* que expulsara del Japón a unos y a otros. Ninguno de ellos sospechó que, finalmente, sería pagado en la misma moneda, ya que, finalmente, el *shogún* echó a todos los europeos fuera de su reino.

El naufragio de la nao *San Francisco* y la estancia en el Japón de don Rodrigo de Vivero (1609)

La gobernación de **Rodrigo de Vivero** en Filipinas duró solo un año y fue sustituido por don Juan de Silva. En 1609 Vivero, despechado y furioso, había emprendido ya el camino de vuelta a la Nueva España, cuando el navío en que viajaba, el *San Francisco*, naufragó frente a las costas del Japón. Allí fue recibido por Ieyasu, que propuso a Vivero proporcionarle una nao para volver a la Nueva España, abriendo de este modo relaciones comerciales. Sin embargo, la “nao del Japón”, como fue llamado el barco que hizo la ruta comercial entre Japón y Acapulco, también tuvo sus detractores: principalmente, los portugueses, los jesuitas y los españoles establecidos en Luzón, que hicieron ver que esta nueva vía arruinaría el comercio de Manila y podría hacer amos del Pacífico a los japoneses. Vivero regresó a Nueva España en 1610, acompañado de marineros japoneses y del franciscano Alonso Muñoz.

El viaje de Sebastián Vizcaíno (1611)

La llegada de Vivero a México planteó la obligación de corresponder a los favores del *shogún* y devolver a los japoneses a su patria. Pero con este deber se cruzó una turbadora propuesta de descubrimiento. Según una antigua tradición marinera, en la altura del Japón existían en el océano **dos islas**, a las que la imaginación popular dio el nombre de **Rica de Oro y Rica de Plata**. Se acordó que la nave en la que había de ir la embajada al Japón buscara en el tornaviaje a Acapulco las famosas Ricas, y se puso al frente de la embajada a **Sebastián Vizcaíno**. El 22 de marzo de 1611 zarpó Vizcaíno en el galeón *San Francisco*, acompañado de varios frailes franciscanos, y llegó al Japón en junio de ese mismo año. Allí pasó meses cartografiando la costa japonesa, pero no fue capaz de encontrar las famosas islas, por lo que quedó en una posición muy desairada.

A causa del mal estado de la nave *San Francisco*, Vizcaíno tuvo que embarcarse como simple pasajero en la nao *San Juan Bautista* (barco que había sido construido por el *daimio* Date Masamune, un señor feudal muy influyente en la corte de los Tokugawa: el que después promovió la embajada a Europa encabezada por Hasecura Tsunenaga Rokuyemon), que arribó a Acapulco a principios de 1613. Con él viajaron el franciscano fray Luis Sotelo, que tomó el mando del barco y confinó a Vizcaíno a su camarote, y un cortejo japonés, encabezado por el citado samurái.

La embajada de Hasecura

En 1614 la nave japonesa, el *San Juan Bautista*, fondeó en Acapulco con mercancías que Hasecura llevó a vender a la Nueva España. A pesar de que en este virreinato se tuvo noticia de la feroz persecución contra los cristianos que había decretado el *shogún*, Sotelo insistió en continuar el viaje a la Península. En septiembre **el samurái y su exótico séquito llegaron a Sanlúcar de Barrameda** y remontaron el curso del Guadalquivir hasta Sevilla, donde fueron recibidos con grandes honores. La embajada llegó finalmente a la corte madrileña, a la que expuso varias pretensiones: el establecimiento de una línea comercial directa entre el Japón y Sevilla, la creación de nuevos obispados en el Japón y la canonización de los franciscanos martirizados en Nangasaqui en 1597. El Consejo de Indias recomendó a Felipe III actuar con gran reserva, pues Iyasu había mandado ajusticiar a algunos cristianos, y su hijo Hidetada había expulsado de la corte a los religiosos. Aun así, se dejó que la embajada prosiguiera su viaje. A pesar de la oposición de jesuitas y portugueses, en 1615 Hasecura planteó sus aspiraciones ante el papa, que denegó todas las peticiones que le fueron formuladas. Hasta 1617 no partieron el padre Sotelo y Hasecura de España, y, llegados a Filipinas, tuvieron que esperar hasta 1620 para regresar al Japón, debido a la persecución anticristiana.

Embajada de fray Diego de Santa Catalina

El volumen se cierra con una última embajada que discurrió paralelamente a los años en que Hasecura se encontraba en Madrid. En 1615 se despachó desde la Nueva España otra embajada en el *San Juan Bautista* y a la cabeza de la misión fue **fray Diego de Santa Catalina** y otros dos franciscanos, que habían de **presentar al shogún la respuesta de Felipe III**, en la que el rey se negaba, muy diplomáticamente, a abrir una ruta transpacífica que dominaban en exclusiva los españoles. La recepción de la embajada fue de gran frialdad; tampoco hubo lugar para tratar nada de interés con los cortesanos. Tanto Iyasu, que murió el 1º de junio de 1616, como su hijo, el nuevo *shogún*, se negaron a cerrar trato alguno con los españoles. Donde el japonés solo había pretendido intercambio comercial, el Austria buscaba la propagación del evangelio, utilizando como embajadores a los frailes. En 1616 estos recibieron la orden de embarcarse en el *San Juan Bautista* para volver a la Nueva España.

Japón terminó por expulsar a todos los europeos y promulgó una serie de leyes aislacionistas que estuvieron en vigor durante más de dos siglos y supusieron un cierre tanto diplomático como comercial, manteniendo al país casi completamente aislado del resto del mundo. A partir de 1632 no se registra en la aduana la llegada de ningún barco procedente del Japón.

Con la ruptura de relaciones diplomáticas, España y Japón se dieron mutuamente la espalda durante siglos.